

Cada día es mayor

*el éxito que están obteniendo
los libros de la biblioteca de
Los Grandes Films
de La Novela Semanal
Cinematográfica*

*Los Hijos
de Nadie*

(3 ediciones)

*El Triunfo
de la Mujer*

(2 ediciones)

*Pronto aparecerá el tercer libro que
por su sentimental asunto cautivará a
todo lector de buen gusto y corazón.*

¡Éxito enorme!

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRAGONA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 78

25 cts.



LA
CUNA
VACÍA

por
Ethel Clayton
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 78

LA CUNA VACÍA

por ETHEL CLAYTON

PARAMOUNT PICTURES CORPORATION
Concesionaria: SELECCINE, S. A.
Ronda Universidad, 14 - Barcelona

PROGRAMA AJURIA

Argumento de la película de dicho título

Hacia cuatro años, cuando el matrimonio Winthrop llegó a la ciudad de Nueva York, formaba la pareja de recién casados más feliz que se conocía. Pero la turbulenta agitación de la ciudad, se interpuso entre los dos, y en la época de nuestra novela vivían en la misma casa, casi como dos desconocidos, y ella, buscando distracción en las reuniones de sociedad, apenas aparecía por el hogar; hasta tal punto que Winthrop estaba casi siempre solo con su madre, en los contados momentos que estaba en su casa.

Douglas Winthrop se llamaba él.

Constance, ella.

La madre de Douglas sufría con sublime re-

signación la conducta de los aludidos cónyuges, consolándose de la amargura de que le llenaba el alma el poco afecto que ellos se profesaban, en cuidar a la hija de ambos, Rosita, el tesoro de la casa y lazo de unión de la familia.

—El sábado es el cumpleaños de la niña, Douglas—le dijo a éste una mañana la madre, siempre atenta a procurar que los distanciados esposos se aproximasen por su propia felicidad y la de Rosita.

Douglas adoraba a su hijita y prometía a la abuela que no olvidaría tan señalado acontecimiento, para pasarlo en familia.

Constance se levantó de la cama cuando Douglas, enojado ante la repetida confirmación del poco aprecio de que era objeto por parte de su esposa, se disponía a marcharse de su casa a sus asuntos.

Rosita ocupaba por entero el corazón de Constance, pero la vida deliciosa de los salones en fiesta o de las amistades que ofrecen, se había adueñado de su voluntad. Y ocurría que, aunque tuviera su corazón en su casa, su cuerpo estaba, casi siempre, ausente de ella.

Constance dió unos besos a su hijita, y luego Douglas la sorprendió hablando por teléfono, dando muestras de viva alegría, con su amiga Eva Dick, la cual, en compañía de su hermano Jack, le había enseñado algunos interesantes aspectos de la vida de la sociedad.

Se trataba de otra fiesta; un baile de máscaras en una casa particular, el viernes de aquella semana, o sea, la víspera del cumpleaños de Rosita.

Douglas, obediendo a una aguda acometida de su amor propio, se presentó ante su esposa y le dijo:

—Supongo que tú no intentarás asistir al

baile de trajes que anuncian, con tanta alegría, tus amigos.

—No seas absurdo—respondióle Constance—, ¿por qué no he de asistir? El hermano de mi amiga Eva nos acompañará a las dos.

—¿Te parece bien lo que estás haciendo?

—Douglas, mírate al espejo antes de extrañarte de lo que yo pueda hacer...

—Eres injusta...

—Basta, Douglas.



—Supongo que tú no intentarás asistir al baile...

Así solía cortar ella las discusiones con su esposo, para que no terminasen enfadándose aún más.

Pero Douglas, aquel día, tenía deseos de hablar de risueños proyectos a Constance, y esperó a que cambiase sus ropas de tocador por las de casa y a que hubiese terminado de dar órdenes a su doncella para que le preparase el vestido de calle que debía ponerse.

Y, esperando, hubo de asistir a una escena de despilfarro de su esposa, que regaló a su sirviente un sombrero nuevo porque ya no le gustaba a ella mucho.

Tan pronto estuvo sola la caprichosa, Douglas se acercó a ella y le habló como sigue en tono normal:

—No quiero que carezcas de nada, Constance, pero creo que es una extravagancia regalar un sombrero que compraste esta misma semana.

—No quiero llevarlo porque nuestra vecina, la señora Deloney, tiene uno que es copia exacta de éste—explicó ella.

—Pues supón que yo regalara mi sombrero porque veo que otros llevan igual que yo... —añadió Douglas.

—No seas extraño. ¿No podemos hablar y discutir razonablemente? Yo no quiero ponerme más ese sombrero para ver si a esa señora antipática se le acaban las ganas de emularme en mis atavíos. De un tiempo a esta parte se ha puesto pesada copiando de mí, no sé con qué objeto, aunque supongo que ya debe haber observado que mi indiferencia es mucho mayor que antes.

—Es cierto que esa dama no me agrada mucho; ésta es tal vez una razón de no haberla hablado nunca, pero...

—Ni yo tampoco he cruzado nunca una sola palabra con ella, y ciertamente no lo deseo. Por eso mismo tiene ella tanto placer en molestarme.

—Lo mejor, Constance, es que no le hagas caso, pues, de lo contrario, si ella tiene dinero para tirar y se empeña en tomarte por su modelo, nuestros fondos son los que van a salir perjudicados en este juego.

—Supongo que cuando se convenza de que

es inútil, haga lo que haga, conseguir que le brindemos nuestra amistad, me dejará en paz con su odiosa manía de adularme indirectamente.

—Hija, lo deseo... y para pronto. Bueno; me marchó. Vendré a comer. Esperadme. Pero esta noche regresaré tarde. Cenaré fuera.

—¡Cómo!—intervino la madre de Douglas—. Creí que nos reuniríamos esta noche.

—Dice que no podrá estar aquí a la hora. Eso lo repite desde mucho tiempo, ¿no es verdad mamá?—agregó con indolencia Constance.

Douglas dirigió a su esposa una mirada de reproche por la ironía de que estaban impregnadas sus palabras.

La madre, siempre oportuna, procuró justificar a su hijo:

—Trabajas demasiado, Douglas. En fin, tú solo conoces las exigencias de tus asuntos. Constance y yo, si ella quiere, sabremos entretenernos juntas.

—No puedo, y lo siento. He de salir...—contestó Constance—, la hija del coronel me ha invitado a una velada íntima.

Antes de que Douglas replicase a su esposa, salió de nuevo su madre en defensa de la paz de aquellos dos seres tan ligados y al mismo tiempo tan opuestos.

—Entonces, nos divertiremos la niña y yo... hasta que la venza el sueño—les dijo enseñándoles unos juguetes que acababa de adquirir para ella.

La bondad de su madre desarmó la indignación de Douglas, cuyos buenos propósitos de hacer un pacto con Constance para que cambiase radicalmente el curso irregular de sus vidas, veía correspondidos de tan mala forma, y exclamó:

—¡Qué sería esta casa sin usted, mamá!
Luego, dirigiéndose a su esposa, le manifestó evocándole dulces recuerdos para llegarle al alma:

—Cuando yo era niño, mi madre dedicaba todas las noches a hacer agradable la reunión de la familia...

—Es que una madre y un niño solos, no constituyen una familia... Y como, en este caso, el padre apenas se queda en casa por las noches...

—Las condiciones de los negocios han cambiado mucho ahora. Deberías hacerte cargo de ello en lugar de criticarme.

—¡Los negocios... siempre los negocios!

—Siempre los negocios, sí, Constance; y buena falta nos hacen para permitirnos el tren de vida que llevamos.

—No lo niego; sin embargo, cuando se pone un poco de voluntad, hay tiempo para todo. Y algunas veces dudo si siempre serán los negocios...

—¡Ah, Constance!... Eres una atolondrada. Es imposible aconsejarte. Mira, si yo no estuviese convencido de que tú responsabilidad en este asunto es mayor que la mía, haría tomar un nuevo rumbo a mis ocupaciones. Pero quiero, aunque me cueste más alcanzarlo, que tú misma comprendas el error en que estás, queriendo nivelarte neciamente conmigo, privando a nuestra hija de las horas tontas que dedicas a tus más o menos recomendables amistades y que serían dulces para ella. ¿Lo oyes? Quiero, quiero que por tí misma falles en justicia en nuestro caso.

—Frasas, nada más que frases, Douglas. Y ya estoy acostumbrada a ellas...

—Eres insoportable, Constance.

—Eso también me lo habías dicho antes, Douglas.

—Tienes razón... Estoy perdiendo el tiempo... Adiós, mamá... ¡Ah si todas las mujeres fueran como usted!

—Todas lo son, hijo mío... Lo que falta, es conocernos...

Así, invariablemente así, se portaba la buena madre, colocándose, con un alto espíritu



—Frasas, nada más que frases, Douglas...

de concordia, en el justo medio de los desavenidos esposos.

Eva, la amiga de Constance, amante de los flirts, tenía dos pretendientes, opuestos físicamente, pues el uno era delgado como un poste telegráfico y el otro un émulo de Fatty, pero no moralmente, puesto que asistían al mismo club y, olvidando su rivalidad, se habían convertido en buenos amigos.

Enterados estos dos felices mortales de la

fiesta que se daría el viernes de aquella semana en casa de Nick, y en la esperanza de encontrar en ella a Eva, se decidieron a ir, al día siguiente, a escoger sus disfraces, y en el establecimiento donde fueron, bendijeron a la casualidad que les deparó la fortuna de encontrar allí a su adorado tormento, en compañía de Constance.

—Está guapa de verdad, ¿eh?— murmuráronse mutuamente.

—Su presencia aquí nos asegura que ella también asistirá al baile—dijo Fatty.

—¡No faltaba más! Sin ella no habría baile—replicó su amigo.

Luego se callaron, porque *ella* estaba hablando de Cleopatra.

—Si va de Cleopatra, yo me presentaré de Marco Antonio— anunció Fatty al oído del *anémico*.

—Y yo también— manifestó éste.

En cuanto a Constance, se decidía por un traje de dragón volador, aunque no creemos que ni vestida así nos inspirase el menor miedo, porque, la verdad, era un dragón que podía *comerse* vivo.

Al salir de la tienda, Constance se fijó en la señora Deloney, su vecina, que vino a pasar cerca de ella, y la señaló á Eva como una cosa rara, coincidiendo también ésta en que no era agradable el aspecto de dicha señora. Decididamente, sin temor a cometer una torpeza, podemos presentar a esa persona como un ser muy antipático.

Mientras su esposa se ocupaba en otros asuntos menos interesantes, Douglas recibía, en su despacho, donde el trabajo no escaseaba nunca, la visita del señor Scott, notable abogado, que mantenía íntima amistad con la familia Winthrop, desde hacía muchos años.

Y le invitó a comer, para tener el gusto de dedicarle enteramente el tiempo de descanso del mediodía, con su madre y Constance.

Aceptó, agradecido, el abogado, pero Constance no comía en su casa aquel día. Nadie lo sabía, pues de lo contrario, no habría invitado Douglas a su amigo. Convencido, en vista de la hora avanzada que señalaba el reloj, de que no había esperanza de que Constance llegase a comer, Douglas se lamentó al abogado:

—Siento mucho que Constance no haya venido hoy a comer; y crea usted que esto se repite muy frecuentemente.

—Como usted viene poco por aquí, esta temporada, no tenía Constance noticia de que nos acompañaría hoy—intervino la madre de Douglas.

La admirable mujer, aprovechando una corta ausencia del comedor de su hijo, puso al corriente al íntimo de la familia, de lo que sucedía entre Douglas y Constance.

—Sí—dijo compungida de pena—; viven bastante distanciados uno del otro. ¡Solamente Dios sabe cómo acabará esto!

—El caso es delicado; sin embargo, es posible que ellos mismos se den cuenta de su error...

—¡Ah, si volviessen a ser tan felices como en los primeros años del matrimonio!—exclamó suspirosa la buena mujer.

Un poco más tarde, ocurrió un hecho de bastante importancia en el curso de los acontecimientos.

Douglas, después de despedirse del abogado amigo, a quien dejó en su casa con su madre, se dirigía hacia su oficina, cuando, en la calle, oyóse llamar por su apellido. Volvióse y disimuló un gesto de extrañeza al ver, no lejos de sí, a la señora Deloney. Asegurándose de

que era ella quien lo llamara, se le acercó, ignorante de que su vecina, que sentía herido su orgullo porque tanto él como Constance no querían tratar con ella, se había propuesto vengarse de aquel desprecio y estaba dispuesta a recurrir a cualquier medio para conseguirlo.

A su frase cortés de interrogación, respondió la señora Deloney:

—Señor Winthrop, voy a comprar unas acciones, pero no me he decidido aún porque dudo si me convendrá el negocio. ¿Quiere hacerme el favor de darme su opinión como agente de cambio y bolsa... y como vecino?

—Con mucho gusto, señora. ¿De qué valores se trata?

—Varios son... ¿No le molesto, si le detengo unos minutos?

—De ninguna manera, señora.

Detuviéronse, pues, unos instantes, para hablar de negocios, y la señora Deloney se mostraba interiormente satisfecha del primer eslabón subido de la escalera por la cual confiaba llegar a la meta de sus maléficos propósitos.

Como si el diablo quisiera proteger en sus malas artes a la señora Deloney, Constance, avisada por Eva, con quien acababa de comer en un restaurant, los vió juntos, sorprendiéndola fello mucho. No obstante, la reflexión la dictó una bella frase de réplica a una dudosa insinuación de Eva.

—Sé que Douglas no es ningún niño. En eso, estoy bien segura de él. Debe tratarse de algún negocio.

Y no se dió mayor importancia a esa visión.

Douglas y su espontánea cliente se separaron tras breve conversación, y él fué interrumpido de nuevo en su camino, esta vez por la atracción que ejerció en él una preciosa mu-

ñeca expuesta en el escaparate de un bazar. Pensó en la alegría que experimentaría su hija Rosita si se la regalaba, y con tal objeto entró en la tienda.

Eva y Constance también se separaron, para acudir aquélla a una reunión donde no faltaría un admirador suyo, y para entretenerse la segunda en encargar algunos juguetes para Rosita, para el día de su cumpleaños, en la misma casa en que se hallaba, de compras también, su esposo.

Mientras el destino preparaba el encuentro de Douglas y Constance en un lugar donde el cariño por su hija los había llevado a ambos, en el club, Fatty y su rival en amores, se cruzaban apuestas por la obtención de la mano de Eva. Uno y otro estaban persuadidos de que se casarían con ella. ¿Cómo solucionaría Eva aquel conflicto?

—Retírela; yo la compro.

—Retírela; yo la compro.

Dos veces oyóse esta orden, refiriéndose a una muñeca. Dos personas distintas la dieron: Douglas y Constance.

No se habían visto aún en el establecimiento, reconociéndose por la voz.

Alegráronse, no sabían por qué, de encontrarse allí, y Douglas que amaba tiernamente a su mujer, la tomó aparte y le habló como sigue:

—Constance, estamos llevando una vida muy separada. Si no vas el viernes al baile de trajes, yo acabaré el trabajo más pronto, y pasaremos la noche juntos.

—Eso me parece muy bien Douglas; lo acepto encantada—le contestó ella sinceramente contenta—, y me gustaría que me propusieras lo mismo todas las noches.

—Sí, querida Constance, tantas noches como pueda serán para vosotras. Y confío que entonces...

—Yo seré otra, no te quepa duda.

—Y a mí no me importará haber cedido el primero, si veo que mi conducta futura, inmejorable, sirve de molde a la tuya.

—Así mamá no estará más triste.

—Ni Rosita tampoco, mi buena Constance.

De regreso a su casa, Constance telefoneó a Eva, que había decidido no ir al baile de trajes, prefiriendo pasar la noche del viernes en su casa, con los suyos.

La señora Deloney se enteró de la conversación telefónica de Constance y Eva, pues uno de sus pasatiempos era sorprender lo que hablaban sus vecinos, y se sonrió irónicamente...

Su sonrisa equivalía a una amenaza...

Llegó el viernes, día ^{*}convenido para lo que bien pudiera llamarse reconciliación de Constance y Douglas.

Serían aproximadamente las siete de la tarde.

Douglas, en su oficina, despachaba con urgencia un asunto, para marcharse en seguida a su casa.

Constance le estaba esperando ataviada con su mejor vestido.

La buena madre de Douglas había abierto su corazón a la esperanza de ver más unidos que nunca, desde aquella noche, a los dos esposos, y presenció, emocionada y llorando de alegría por dentro, una sentimental escena entre Constance y su hijita, mientras ésta dormía en su linda cuna de cuyos lados colgaban una gran variedad de juguetes.

En efecto, Constance parecía reconocer en aquel momento de contemplación del tierno y

amado ser, la falta que anduvo cometiendo de un tiempo a aquella parte, y que anhelaba olvidarla en los brazos amantes de su esposo, y en las dulces caricias de su angelical criatura.

Una sensación de dicha sumía en agradable melancolía a las dos mujeres.

Mas el diablo andaba suelto, y el diablo no quiso paz.

Y, encarnado en una mujer odiosa, vengativa y cruel por un absurdo dictado de su amor propio supuestamente herido, la señora Deloney, Satán, mandó llamar por teléfono a Douglas.

Un empleado del corredor de Bolsa se puso al aparato.

Al otro extremo del hilo se hallaba una doncella de la señora Deloney.

—Haga el favor de decir al señor Winthrop, que su esposa va por fin al baile; que no tenga ninguna prisa para acabar su trabajo—dijo al citado dependiente la aludida doncella.

Douglas tuvo que hacerse repetir la comunicación que le hacía su empleado, pues su estupor fué grande al oír que Constance renunciaba a los prometedores proyectos que los dos hicieron aquella semana, o mejor dicho, a juzgar por lo que veía ahora, que él hizo con tanto entusiasmo, dispuesto a recuperar la felicidad para su hogar.

Sucedió que mientras Constance ordenaba a su criada sirviera la cena a las siete y media, porque a esa hora llegaría Douglas, éste, con una pena punzante como una espina en mitad del corazón, proseguía el trabajo que pocos momentos antes iba a interrumpir hasta el día siguiente.

Pero su dolor le impidió seguir concentrando su espíritu en sus negocios, y abandonó la oficina para retirarse a casa, a fin de dulzurar

la dolencia de su alma con el consuelo de su excelente madre y la ilusión de velar unas horas el inocente sueño de Rosita, imaginándose la alegría de la niña a su despertar al verse rodeada de simpáticos juguetes.

De no haber habido el impedimento de nadie, Douglas habría llegado a su casa y una explicación con su esposa hubiese puesto en claro aquel asunto, descubriendo incluso al culpable.

Mas existía la intervención de la señora Deloney, que telefoneó a Douglas ella misma, poco después de haberle hecho comunicar la falsa noticia respecto al cambio de parecer de Constance, para decirle idénticas palabras como las que siguen:

—¿Es el señor Winthrop?... Soy la señora Deloney.... Dispéñeme si le molesto de nuevo.... Tengo que decidirme esta noche definitivamente acerca de la compra de las acciones, y me permito preguntarle si podría usted entrar en mi casa un momento al pasar hacia la suya.

Aceptó Douglas, y por lo tanto, al llegar frente a su propio piso, y suponiendo que Constance había desertado de él aquella noche, no tuvo ninguna prisa para entrar a cenar, dejando esta operación para después de haberse entrevistado con la señora Deloney, en cuyo domicilio entró.

Dieron las nueve de la noche.

Constance, perdiendo cada minuto más la esperanza de ver aparecer a Douglas, se paseaba nerviosamente por las habitaciones de la casa.

La luz que los buenos propósitos de Douglas y el reconocimiento del error de Constance encendieron en el espíritu de ella, entraba irremediabilmente en el período de la agonía.

Mientras, la señora Deloney y Douglas hablaban de negocios.

Una hora era el tiempo que la señora Deloney había calculado necesario para que su plan diera el resultado apetecido por ella, cuando Douglas se presentó en su casa.

Una hora, sí, y no menos, era precisa para dar tiempo a Constance de encolerizarse contra su esposo y de rendirse, en vista de su tardanza precisamente aquella noche, a la evidencia de que ya no llegaría, probablemente olvidándose de su promesa, hasta mucho más tarde.

Para conseguir esa hora indispensable, la señora Deloney, con maligna habiitud, interrumpió a Douglas en una explicación sobre unos valores, diciéndole:

—¿Quiere usted hacerme el honor de cenar conmigo mientras seguimos discutiendo nuestro asunto?

—Es demasiado favor, señora... y tengo tiempo....

—No insisto ni le retengo a usted más si su señora le está esperando en casa.

—No tal.... Mi esposa debe haber salido ya pues debía asistir a una función benéfica de no sé qué Roperó, con las damas de la Junta— contestó Douglas para disimular.

—En este caso, no tiene usted motivo para rehusar mi invitación, ¿verdad?

—Si lo había de tomar como un desaire... me quedaré muy agradecido.

Seguidamente la señora Deloney hizo servir la cena, y se sentaron a la mesa ella y Douglas.

Entretanto Constance, resentida contra su marido, se lamentaba delante de la madre de él:

—Creo que, al menos por esta noche, podía



...una sentimental escena entre Constance y su hijita...

haber abandonado el trabajo más pronto, para llegar a la hora de cenar.

La bondadosa mujer puso en juego toda su ternura para convencer a Constance de que Douglas se había sin duda visto en la imposibilidad de complacerla, pero si durante largo rato sus palabras afectuosas fueron eficaces para la enojada esposa, cayeron después en el vacío, llegando la indignación de Constance a su más alto grado al ver, desde la galería de su casa, a la que salió a que la diera un poco el aire, en el piso de enfrente, o sea, el de la señora Deloney, a través de un finísimo estor transparente a la luz que iluminaba excesivamente la habitación, a dicha señora con Douglas, cenando tranquilamente.

Y aunque por un momento pensase, como días atrás, que Douglas no era un niño y que debía tratar de un negocio con la antipática vecina, era inadmisibles que antepusiera, aquella noche, una cena con ella a la satisfacción de pasar la velada en familia como convenido.

Y mientras la abuelita toda corazón regresaba a la cabecera de la cuna de Rosita, para rezar, por ella, al buen Dios, implorándole la merced de no abandonar a sus padres para que fuese feliz, Constance, decidida a demostrar una vez más a Douglas que ella haría siempre lo que él hiciera, rompió el compromiso moral que con él contrajera días antes, de cambiar de conducta, y telefoneó a Eva, alcanzándola por casualidad, pues era ya tarde, en su casa.

—Atiende—la dijo—, he decidido acompañaros al baile.

Y fué a la fiesta...

Media hora después, Douglas despedíase de la señora Deloney y entraba en su casa.

Al dolor de ver efectivamente el nido abandonado por Constance, añádiósele a Douglas la angustia de que su madre vino a contagiarle así que llegó, anunciándole que Rosita, despertando bruscamente, daba alarmantes señales de meningitis.

Douglas corrió a estrechar a su hija en sus brazos, asiéndola con frenesí como si temiese que la fatalidad le arrebatase su mayor tesoro.

La bondadosa abuelita, pobre mujer, lloraba con amargura y seguía rezando, acentuando su ruego "*Señor, que sea feliz*"..., y añadiendo este otro "*Señor, no me la quites...*"

Se avisó inmediatamente al médico, que diagnosticó se trataba de un caso gravísimo.

Douglas cogió entre las suyas las manos del doctor, y apretándoselas hasta hacerle inconscientemente daño, le pedía curase a Rosita por cualquier medio.

El silencio era pesado en el dormitorio engalanado de la niña, y los mismos juguetes parecían adoloridos por la enfermedad de la amita a quien iban a pertenecer.

Y mientras el galeno, en el ejercicio de su profesión, trataba de mitigar las lamentaciones de la niña, en la fiesta de Nick, todo era alegría.

Eva se divertía con sus tenaces pretendientes Fatty y su amigo, quienes por fin se le declararon con toda formalidad.

Tomando la cosa a broma, aunque fingiendo tomarla en serio, Eva les contestó a los dos favorablemente, dejando para cualquier martes y cualquier viernes, respectivamente, en su casa, el darles su respuesta definitiva.

Después de animar a sus enamorados, Eva se reunió con Constance que se había apartado del bullicio del baile, y partiéndose de risa la manifestó:

—Chica, estoy pasando una noche deliciosa... Mis dos osos se me han declarado, y a los dos les he dado esperanzas.

—¿Por cuál de los dos vas a decidirte?

—¿Por cuál, dices? De todo esto, puedes tener por segura una cosa: que no voy a entregar mi corazón a ningún hombre. No quiero que me pase lo que te está pasando a ti. ¡Ah! Mira a Fatty, mi pretendiente de peso. Viene a pedirme este baile... y voy a reirme un rato con sus voluminosas ocurrencias. Pero ¿por qué estás tú aquí, aislada?

—Estoy un poco cansada...

—¿Cansada? ¡Ah, Constance, bien sabes tú que no es eso!... En fin, procura alegrarte pronto y aprovecha la noche...

Partió Eva a internarse en lo más hondo de la fiesta, con Fatty como coraza, y Constance quedó sola con sus pensamientos.

En un momento de lucidez de su conciencia, Constance pensaba, que de lo que la estaba pasando a ella, no era su marido el único culpable. Sí, no debía haber ido al baile aquella noche, a pesar de que Douglas no confirmase con hechos sus palabras. Debía quedarse en su casa, esperándolo, y con diplomacia de esposa y madre, hacerle comprender la gravedad de su olvido, para que no se repitiese más.

El arrepentimiento de Constance era tal, que ella se sentía aquella noche fuera de su centro en aquel ambiente, como no se había sentido nunca.

¿Tenía acaso el presentimiento de lo que ocurría en su hogar?

No, muy ajena estaba de ello; sin embargo, una tristeza muy profunda le envolvía todo su ser.

¡Ah, si hubiese sabido que en su casa planeaba la muerte!

En previsión de un funesto desenlace, el médico, amigo de la familia, dijo a Douglas, cambiando el verdadero motivo de su indicación:

—Nosotros haremos cuanto esté en nuestras manos, pero, en estos casos, una madre es insustituible. Convendría avisarla.

¡Cuán lejos estaba Constance de saberse insustituible en su hogar!

El hermano de Eva y Nick, el organizador de la fiesta, notaron la tristeza de Constance, y como ellos, a petición de Jack, se disponían a dar un paseo con el nuevo auto que Nick había adquirido, la invitaron a acompañarlos.

—Lo que usted necesita es un poco de aire— la dijo Nick —; venga con nosotros. Regresaremos antes de que se haya terminado el baile.

Constance, para distraerse huyendo de aquella algarabía carnavalesca, aceptó la invitación, y el auto surcó las sombras de la noche.

Douglas, ante el consejo apremiante del doctor, telefoneó a casa de Nick, preguntando por Constance, a uno de sus amigos, y la respuesta que obtuvo fué, naturalmente, doblemente desagradable para él; ésta:

—Nada, querido amigo, su esposa se ha marchado con unos jóvenes a dar un paseo en automóvil.

Douglas se dejó caer en un sillón, agobiado por el peso de la responsabilidad en que incurrió Constance con sus desertiones del hogar, tan grave aquella noche.

La abuela, ansiosa de saber si Constance iba a llegar de un momento a otro, salió de la habitación de la niña para preguntárselo a Douglas, y si bien el disgusto que le causó la respuesta fué grande, lo ocultó lo mejor que pudo a los ojos de su hijo, a quien enteró de la recomendación del médico:

—Dice el doctor que la más pequeña agitación podría provocar un nuevo ataque y acabar con la vida de la niña, por lo tanto...

—¿Qué, madre?

—Será muy sensible para Constance; pero, cuando venga, lo mejor es que no entre en la habitación.

No desapareciéndole con nada la melancolía, Constance rogó a Nick la condujera a su casa.



—Lo que usted necesita es un poco de aire...

Jack y Nick insistieron en volver con ella al baile, mas no lo lograron, pues Constance dió vivas muestras de intranquilidad que creyeron muy sincera.

La acompañaron, pues, a casa; pero al llegar a ella, sintió Constance vivo deseo de demostrar a su marido que no le importaba nada lo que él había hecho aquella noche, y dejando atónitos a Nick y a Jack, que por ser

también amigos de Douglas subieron con Constance hasta el piso, se puso a bailar exclamando:

—¡No sé por qué hemos venido tan temprano! Os aseguro que aun no he bailado bastante.

Nick y Jack imitaron a Constance sin suponer que el motivo de la falsa alegría de ella era molestar a Douglas.

Al regocijante escándalo que el citado trío promovía acudió, como era de suponer, Douglas, que lo hizo cesar dirigiendo estas palabras a su esposa:

—Constance, te suplico que no hagáis tanto ruido.

—Nick y Jack se quedaron suspensos pero Constance, zarandeándolos, les obligó a dar unas vueltas más.

—¡Deteneos, insensatos!—les dijo entonces Douglas.—Vosotros, id a gozar en donde reine la alegría; tú, Constance, atiende.

—¿Qué me quieres?—le preguntó ésta.

—Perdona Douglas, si te hemos molestado. Mas, ¿qué ocurre?—añadieron los amigos.

—Rosita está enferma... muriéndose.

En todos los semblantes se dibujó la emoción. Los ojos de Constance parecían querer salirse de sus órbitas. Ahogó un grito en su pecho. Quiso correr al lecho de su hija, mas Douglas se interpuso en su camino.

Los amigos, desaparecieron....

Y empezó el drama.

—No puedes ir a verla... Es demasiado tarde—dijo Douglas, severísimo, a Constance.

—¿Quién puede detenerme? ¿Quién puede separarme de mi hija?

—¡Yo! Tú no tienes derecho a estar con tu hija.

—Yo tengo infinitamente más derecho que tú a estar con mi hija.

—Pues no irás.

—Douglas, mira que yo te lo pido con el alma....

—No puedes ir ahora....

—Déjame o no respondo de mí.

—No, de ningún modo; es tarde, te digo; antes debías de haber venido; cuando el médico te llamaba en su ayuda. Ahora, ya no. Espera que se salve o que la muerte se la lleve. El trance es apuradísimo.

—¡Oh! Yo quiero verla.

—Para matarla tal vez.

—Douglas, por lo más sagrado que tengas, líbrame de esta tortura. ¡Quiero ver a mi hijal ¡No ves que se está muriendo!

—¿Por qué la abandonaste, pues? Ese será tu castigo.

—¡Horror! No, ella no se morirá, porque yo daré mi vida por la suya. Suéltame, suéltame ya,... por Dios... ¡madre míal... ¡qué atroz sufrirl... ¡Suéltame, Douglas!

Constance forcejeaba con su esposo, y apareció la madre de él, llorando.

—¿Qué es eso, madre?— inquirió Douglas palideciendo.

La muda respuesta bañada en lágrimas de la bondadosa mujer, no podía ser más tristemente elocuente.

—¿Muerta?— gritó Constance comprendiendo.

Y antes de oír la confirmación de la tétrica noticia, su cuerpo cayó pesadamente a los pies de Douglas, que había perdido la noción de las cosas.

¡Muerta, sí, muerta estaba la pobre Rosita!

Habían transcurrido ^{*}^{*} dos meses, y el matrimonio Winthrop, que de hecho vivía separado, había encargado a Buxton Scott, su antiguo amigo y abogado, que hiciera una completa

separación de intereses. Douglas pasaba la vida en la oficina y trabajaba con más afán que nunca.

Mientras su esposa permanecía casi en reclusión completa, aplanada por el dolor de la desgracia.

Entre Constance y Douglas no hubo una explicación de su respectiva conducta de aquella noche fatal, convencidos como estaban uno y otro de que sólo uno, él según ella, y ella según él, era el más culpable.

Por su parte, y por eso estaba más arrepentida, Constance reconocía que nunca debía haber abandonado su hogar porque en él la reclamaba el deber.

La madre de Douglas, más porfiada, procuraba evitar la separación definitiva de los esposos. Y un día, suplicante, objetó a su hijo:

—¡Hijo mío! Tú sabes que lo que estáis haciendo no está bien... Aun tengo esperanza de que podáis uniros nuevamente y vivir tan felices como antes.

—No me hables de eso, mamá— repuso él.

—Escuchadme los dos, y seguid mi consejo. ¡Me moriría tan contenta si os supiese a vosotros dichosos!

—Por las horas felices que he pasado, estoy haciendo esfuerzos para no pensar más en este asunto— acabó por decirle Douglas, visiblemente afectado.

Considerando que la complicidad del abogado amigo, podía serle de mucha utilidad, la madre de Douglas fué a rogarle:

—¿No puede hacer usted nada para evitar la separación? Presente alguna dificultad que la evite. Usted es un buen abogado.

—Señora— contestó el aludido—, el diablo está aconsejándoles lo contrario que yo. Tengo mal contrincante en este asunto.

—Reflexione usted bien el caso... y tal vez vea alguna solución.

—Por conocerlos desde sus tiernos años, y por ser usted quien es, no se perderá por mi empeño el asunto.

Sincero en sus palabras, el abogado tuvo una entrevista con Douglas, con el objeto de poner en práctica una idea luminosa que se le había ocurrido.

—He venido a verte—le dijo—, para que hablemos de algunos detalles relacionados con la separación de bienes.

—Diga usted lo que sea.

—Constance desea para ella algunas cosas a cuya entrega se opone la ley de un modo terminante. Por eso creo que será necesario que conferenciéis los dos acerca de la partición de algunos bienes.

—¿No podemos asistir a su despacho de usted a distintas horas?

—No, es preciso que asistáis los dos al mismo tiempo.

—Si no hay otro camino que éste, acepto su decisión. Iré a su despacho. ¿Cuándo ha de ser?

—Mañana.

—Conforme.

A parte de nuestros personajes principales, dos mucho más modestos escribían la mejor página de nuestra novela.

Estos eran la doncella de la señora Deloney y la doncella de Constance. La primera enteraba a la segunda de lo que acababa de suceder con su señorita:

—Es terrible el carácter de la señora Deloney, para estar trabajando en su casa. Hemos reñido y me he separado de ella definitivamente.

—No me gustaba nada ese adfesio.

—María, no puedes imaginarte las cosas que esa señora me ha hecho hacer. Una noche me hizo llamar por teléfono al señor Winthrop...

—¿Ah, sí?...

* * *

La madre de Douglas hablaba con Constance, estimulándola a que se decidiera a conseguir, por los medios que su conciencia más que su amor propio le permitiese adoptar, que Douglas renunciase a la separación, cuando la doncella que estuvo hablando con la de la odiada vecina vino a interrumpirlas.

—La doncella de la señora Deloney me ha contado algunas cosas, que creo debo poner en conocimiento de usted—dijo aquella a Constance—. Se refieren a aquella noche de la muerte de la niña... Se trata de cómo consiguió la señora Deloney, que el señor cenara con ella.

—No me importa nada... replicó Constance...; no necesito oír las murmuraciones de su criada.

—Si el asunto se refiere a mi hijo—intervino la madre—, deseo que lo cuente, María.

Constance, que en el fondo estaba deseando conocer la verdad, escuchó atentamente a María, que contó todo lo que sabía.

—...Aquella noche la señora Deloney obligó a su doncella a que telefonease al señor Winthrop, comunicándole que su esposa había cambiado de pensar, y que asistiría al baile de trajes. Luego, con la excusa de que necesitaba su consejo para comprar unas acciones, obligó al señor Winthrop a que la visitara y cenase con ella...

Agradecieronle la madre y la esposa a la criada su información, y salió la doncella de la habitación donde ellas estaban, satisfecha de haber podido aclarar, gracias a las indiscreciones de la otra el tenebroso asunto en

que se hallaba comprometida la felicidad de sus señores.

Renovó entonces la buena madre, a Constance, sus súplicas de reconciliación con Douglas, y ella le contestó, llena de pena:

—El amor que me tenía su hijo de usted se acabó ya; la noche que murió la niña se consumió el último resto que quedaba de él. Y el cariño que yo le profesaba a él también ha muerto; vivimos en un mundo distinto.



—...Tú le amas aún, y él, harto lo sabes tú, jamás cesará de amarte.

—Estás en un error, mi buena Constance. Tú le amas aún, y él, harto lo sabes tú, jamás cesará de amarte.

—Mamá... pero lo que hizo aquella noche... su crueldad no dejándome ver a la niña, viva aún.

—Dos razones le perdonan: la recomendación del médico... y la indignación que lo que creía un incumplimiento de la promesa de de-

dicar tus noches al hogar, le produjo. ¿Crees tú, que si él hubiese previsto que la niña se iba a morir, se hubiera opuesto a que tú entrases a verla?

—No, mamá; hemos sido víctimas de una mujer sin entrañas por envidia.

Fatty y su amigo discutían en el club acerca de Eva.

—Oye, he estado hablando extensamente con Eva sobre nuestro casamiento, y me ha prometido que esta noche me dará la contestación definitiva.

—Lo mismo que a mí.

—Lo siento mucho, pero estás equivocado; con el que se va a casar es conmigo.

—Yo la conocí antes que tú, y puedo asegurarte que será mía.

—¡Mi madre!

—¿Qué te pasa?

—¡Mi abuelo y toda mi parentela! ¿Que dice este idiota de periódico?

—¿Eh? ¿Que se ha casado Eva con Nick?

—¡Quién iba a pensarlo!

—¡Se ha burlado de nosotros, la muy falsa!

—¿Qué le vamos a hacer Fatty. ¿Llorar?

—¿Llorar? ¡Nunca! *Mozz traiga otra copa...*

A la mañana siguiente, Douglas y Constance acudían a casa del abogado.

—¿Esta entrevista era absolutamente necesaria?—preguntó Douglas al abogado para expresar más su resentimiento a Constance.

—Indispensable—contestó el abogado.

—Le ruego que sea lo más breve posible.

—Depende de vosotros.

Constance temblaba.

El abogado leyóles la escritura de unión de bienes, formulada a consecuencia de su boda,

y recurrió a los recuerdos, esos inolvidables pasajes de nuestra juventud, para enternecer a los desavenidos esposos.

Pero Douglas le llamó al orden...

Sin embargo, el abogado, al entregar a Constance la escritura de la casa en que nació, le dijo:

—¿Recuerdas el salón grande, donde tú acos-



El abogado leyóles la escritura de unión de bienes...

tumbrabas a recibir a la gente, los domingos por la noche?

Ella recordaba...

Douglas, a su pesar, también recordaba...

—Recuerdas—insistió el abogado—cómo te ayudaba a espantar moscardones, cuando Douglas asistía las primeras veces, a las reuniones de tu casa?

Los dos recordaban... ¡No iban a recordarlo!..

—Y una vez, cuando yo saqué la cabeza por la ventana.

¡Ah sí, aquella vez que él los sorprendió dándose un beso! ¡Oh dulces evocaciones!

Pero, al fin, Douglas, no dándose por vencido, volvió a llamar al orden al viejo amigo.

Entonces, pues ya no veía otro medio, el letrado les habló gravemente:

—Amigos míos, la escritura de división está hecha, pero hay una pequeña propiedad, la cual yo no veo modo de poderla dividir.

—¿Cuál es?—preguntó Douglas.



¡No iban a recordarlo!

Se hizo el silencio, y en él sonaron estas palabras pronunciadas por los labios de un corazón noble, viejo, y emocionado:

—*Me refiero a la tumba de la niña.*

Constance no pudo más ocultar su sufrimiento. Se puso en pie y miró hacia la calle, volviéndole la espalda a Douglas y esperando oír la contestación que éste daría al abogado.

Pero Douglas tampoco pudo seguir hacien-

do alarde de fortaleza, y se acercó a Constance.

Esta lloraba ya; pero el contacto de su esposo, tímido como en aquellos años en que todo era ilusión, hizo desbordar completamente la honda pena que le embargaba el corazón.

Y Douglas, llorando también, atrajo contra sí a Constance, besó sus lágrimas, y la murmuró:

—Perdón, mujer amada, por Rosita que nos está mirando desde el cielo.

Ella no pudo hablar; un sollozo se lo impidió cuando iba a hacerlo.

Y el abogado, secándose con la punta de un pañuelo unas gotitas de agua que atrevidas corrían por sus mejillas, telefoneó a la madre de Douglas.

—¡Querida amigal... —la dijo—. El abogado contrario ha sido derrotado.

FIN

(Prohibida la reproducción)

(Revisado por la censura militar)

Próximo número

EL ENCANTO DE NUEVA - YORK

primorosa producción sentimental
por la gentil y diminuta estrella

BABY PEGGY

GRAN ÉXITO: - Postal-fotografía: RUTH MILLER

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles.

Precio, 25 céntimos

GRAN ÉXITO del último libro de

Los Grandes Films

EL TRIUNFO DE LA MUJER